



Aprendiendo a escuchar

El camino cuaresmal conduce al desierto. En él desaparecen muchas seguridades, y el ser humano queda frente a lo esencial. Allí surge la pregunta más profunda de la fe.

Israel vivió esta experiencia durante su travesía. El libro del Éxodo cuenta que el pueblo tuvo sed y comenzó a protestar contra Moisés: “¿Por qué nos sacaste de Egipto? ¿Para matarnos de sed?” (Ex 17,3). Aquella sed física revelaba otra más profunda. El Midrash judío que comenta el pasaje que acabamos de escuchar en la lectura primera, explica que Dios condujo a su pueblo al desierto, para que aprendiera a depender solo de Él. En ese contexto aparece la pregunta decisiva: “¿Está o no está el Señor en medio de nosotros?” (Ex 17,7).

En el fondo, esta es la gran cuestión de la fe. No se trata solo de preguntarse si Dios existe, sino de descubrir si su presencia sostiene realmente nuestra vida. Es el momento de preguntarnos ¿de quién o de qué dependo yo?

La sed del corazón humano

La sed de Israel simboliza también la sequedad más profunda del corazón humano. Toda persona lleva dentro un deseo de plenitud, que ninguna realidad limitada puede saciar completamente.

San Agustín expresó esta experiencia con

palabras muy conocidas: “Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti”. También san Gregorio de Nisa decía que el alma tiene una sed infinita porque ha sido creada para el infinito. La Cuaresma es un tiempo para reconocerlo y reorientarnos hacia su verdadera fuente.



De la sed al agua viva

Esta misma imagen del libro del Éxodo, aparece en el Evangelio del encuentro entre Jesús y la samaritana. Allí el Maestro dice: “El que beba del agua que yo le daré no tendrá sed jamás; el agua que yo le daré se convertirá en él en un manantial que brota para vida eterna” (Jn 4,14).

La roca del Horeb y el pozo de Samaría anuncian el mismo misterio: Cristo es la fuente que puede saciar el corazón humano. Por eso este evangelio forma parte del antiguo itinerario bautismal de la Iglesia. El bautismo no es solo un rito exterior; es el momento en que el ser humano encuentra la fuente de agua viva, la que sacia por dentro porque hay mucha insatisfacción interior.

Caminar hacia la fuente



Este tiempo nos invita a recorrer de nuevo ese camino. Los catecúmenos se preparan para recibir el bautismo, y los bautizados somos llamados a redescubrir la gracia de nuestro propio bautismo; a volver a la fuente de donde brota la vida cristiana: lo haremos en la noche de la pascua.

En medio de un mundo lleno de fuentes aparentes—éxito, poder, reconocimiento, consumo—el corazón humano sigue experimentando sed. Muchas veces buscamos saciarla en lugares donde el agua está muy contaminada. Sin embargo, la Escritura nos recuerda una certeza consoladora: incluso cuando el pueblo duda, protesta o se siente perdido, Dios sigue haciendo brotar agua pura de la roca, que es Cristo y de cuyo costado nos da beber.

Este es el mensaje de esperanza del relato del Horeb. La fidelidad de Dios no depende de la perfección del ser humano. Incluso en medio de nuestras dudas, cansancios o búsquedas incompletas, Dios permanece cerca y sigue ofreciendo vida. Quizá la oración más sencilla y verdadera de este tiempo cuaresmal, sea reconocer humildemente nuestra sed y presentarla ante el Altísimo diciendo:

Señor, tengo sed. Dame el agua que da la vida.



Sal 94, 1-2. 6-7. 8-9



**Venid, aclamemos al Señor,
demos vítores
a la Roca que nos salva;
entremos a su presencia
dándole gracias,
aclamándolo con cantos.**

**Entrad, postrémonos por tierra,
bendiciendo al Señor, creador nuestro.
Porque él es nuestro Dios,
y nosotros su pueblo, el rebaño que él guía.
Ojalá escuchéis hoy su voz:
«No endurezcáis el corazón como en Meribá,
como el día de Masá en el desierto;
cuando vuestros padres me pusieron a prueba
y me tentaron, aunque habían visto mis obras».**

La tradición espiritual, no sólo cristiana, siempre ha reconocido la esencialidad del silencio para una auténtica vida interior. Sólo el silencio, en efecto, hace posible la escucha, es decir, la aceptación en sí misma no sólo de la palabra hablada, sino también de la presencia de quien habla.

El silencio es el lenguaje de la profundidad

El silencio es el lenguaje de la profundidad, de la presencia del otro y el también del amor al otro. Además, en la experiencia amorosa, el silencio suele ser un lenguaje mucho más elocuente, intenso y comunicativo que las

palabras. Desgraciadamente hoy el silencio es raro, es quizás la realidad más ausente de nuestros días, incluso en nuestras celebraciones litúrgicas. Nos bombardean con mensajes sonoros y visuales, los ruidos nos roban nuestra interioridad y las propias palabras se empobrecen al ser reducidas a consignas. ¡Necesitamos silencio!.

La Palabra que procede del silencio

Para la fe judía y cristiana, el silencio tiene una dimensión teológica: en el monte Horeb, el profeta Elías percibió que estaba en la presencia de Dios solo cuando escuchó «la voz de un silencio sutil» (1 Reyes 19.12). Ignacio de Antioquía, (padre de la iglesia del siglo III) dirá que Cristo es «la Palabra que procede del silencio».

El silencio es el guardián de la interioridad

El silencio es el guardián de la interioridad ya que nos lleva, desde una dimensión primaria y "negativa" de sobriedad, disciplina en el hablar o incluso abstención de palabras, a un nivel más profundo, de intensa vida espiritual: es decir, silenciar los pensamientos, las imágenes, las rebeliones, los juicios, los murmullos que surgen en el corazón. Su ámbito vital en el corazón, el lugar de la lucha espiritual. Pero es precisamente este silencio profundo el que genera atención, aceptación, empatía hacia el otro.

El silencio es fuente de gracia

«El silencio es fuente de gracia para el oyente» - escribe San Basilio- porque hace posible que entremos en el descanso de Dios, que no es descanso del trabajo, sino en el trabajo, no es exención de enfermedad, sino en el enfermedad, no es ausencia de conflicto, sino paz y fortaleza en el conflicto, no es el sol que brilla todos los días, pero es un lugar de paz en la tormenta. De ahí la necesidad de escuchar la voz del Señor para entrar en su descanso. En el silencio de nuestro corazón siempre podremos escuchar la petición que Jesús nos hace: «dame de beber»; es decir: «dame tu amor».

**EN LAS
FUENTES
DE AGUA
VIVA**

**CATEDRAL
DE OVIEDO**



III DOMINGO DE CUARESMA A

